

# *DÉCALAGE* E IDENTIDAD NARRATIVA: UN ABORDAJE DESDE PÊCHEUX Y DERRIDA

*DÉCALAGE* AND NARRATIVE IDENTITY: AN APPROACH FROM PÊCHEUX AND DERRIDA

santiqlm@hotmail.com

Recepción: 10/11/2021

Aceptación: 14/12/2021

## RESUMEN

El presente artículo pretende indagar en los límites y posibilidades de la constitución de la subjetividad y su sentido narrativo en Michel Pêcheux a partir de una comparación de las nociones de *décalage*, interdiscurso y hetero-constitución con ciertas ideas derrideanas. Pêcheux (1975) desarrolla el concepto de interdiscurso indagando en su relación con las formaciones discursivas y la forma en que estas “sujetan” al sujeto constituyéndolo por medio de una serie de sustracciones/olvidos que, lejos de desvanecerse, son la paradójica condición de posibilidad de una suerte de montaje memorial; memoria que depende en última instancia de una archivación que inscribe trazos (*traces*) en las superficies del sentido (corpóreo-biográfico pero sobre todo social). Tanto el *décalage* pecheutiano como la *différance* derrideana pueden pensarse como aquella instancia dinámica que, en su diferir, posibilita e imposibilita a su vez todo archivo y, por ende, todo acontecimiento (biográfico o no). Es desde este “mal” archivo diferenciante, desde esta escena enunciativa auto-bio-thánato-hétero-gráfica, que podremos considerar si es viable o no pensar la narratividad de una vida y qué implicancias ontológicas, subjetivas y discursivas se juegan ahí.

## PALABRAS CLAVES

*Décalage*, interdiscurso, *Différance*, archivo, autobiografía.

## ABSTRACT

This article aims to investigate the limits and possibilities of the constitution of subjectivity and its narrative meaning in Michel Pêcheux from a comparison of the notions of *décalage*, interdiscourse and hetero-constitution with certain Derridean ideas. Pêcheux (1975) develops the concept of interdiscourse by investigating its relationship with discursive formations and the way in which they “hold” the subject, constituting it through a series of subtractions/forgettings that, far from vanishing, are the paradoxical condition of possibility of a kind of memorial montage; memory that ultimately depends on an archive that inscribes traces on the surfaces of meaning (corporeal-biographical but especially social). Both the Pecheutian *décalage* and the Derridean *différance* can be thought of as that dynamic instance that, in its differing, in turn enables and disables any archive and, therefore, any event (biographical or not). It is from this “bad” differentiating archive, from this auto-bio-thanato-hetero-graphic enunciative scene, that we can consider whether or not it is viable to think about the narrativity of a life and what ontological, subjective and discursive implications are played there.

## KEYWORDS

*Décalage*, Interdiscourse, *Différance*, Archive, Autobiography.

*Tabano*, no. 20 (2022), 54-64.

DOI: <https://doi.org/10.46553/tab.20.2022.p54-64>

## I. INTRODUCCIÓN

Como bien señala Authier-Revuz (1984, p. 98), “la ‘complejidad enunciativa’ está de moda”: incontables abordajes se han sucedido desde la lingüística, el análisis del discurso, la filosofía, tras la crítica realizada al estructuralismo hacia los sesenta/setenta en donde el sujeto finalmente fue sometido a disección, no sólo en su instancia constitutiva sino también en su instancia “expresiva”. “Quién[es]” dice[n] “yo”, lejos de ser una pregunta heurística, es todo un signo de época desde que hubiera sido formulada por primera vez, de diversos modos, por Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873) e incluso en su *Así habló Zaratustra* (1885), así como, en el ámbito poético-literario, por Arthur Rimbaud (“*Je est Autre*”). Todo ese conjunto de formas/elementos que hacen a la “heterogeneidad mostrada” (discurso directo e indirecto, comillas, ironía, etc.) dan cuenta de la “exterioridad” que penetra y contamina, incluso anulando, la pretendida interioridad enunciativa que condice con una concepción de sujeto particular. Las formas marcadas de esta heterogeneidad “representan una negociación con las fuerzas centrífugas, de desagregación, de la heterogeneidad constitutiva” (Authier-Revuz, 1984, p. 107): esa pretendida fuente originaria, esa unidad inicial, no es más que una síntesis imaginaria en el sentido kantiano y, como fue desarrollada luego, en sentido fenomenológico (algo que Sartre tematiza explícitamente al postular al ego como un objeto trascendente, una exterioridad proyectada en el mundo, que no es más que un constructo del cogito prerreflexivo, forma vacía, pura, una “nada”; cfr. Sartre 1936). Parecería que, para que esta heterogeneidad que surge en la enunciación que se dice a sí misma pueda existir, se necesita una operación de negación, ocultación, sustracción, un *olvido* de aquel espacio-tiempo abisal y diferencial sobre el cual se vuelve posible cualquier discurso, cualquier narración *de y sobre* un yo, cualquier enunciación en general.

De lo que se trata entonces es de revisar este proceso ilusorio que, lejos de ser una mera disquisición técnica y académica, tiene implicancias no solo existenciales sino sobre todo políticas: comprender el cómo de la posibilidad de decir “yo”, qué tipo de operaciones de identificación/negación se deben realizar, qué se olvida y que se retoma, qué se ilumina y se aclara de acuerdo a los regímenes de verdad epocales, implica dirigir la mirada a lo originario en donde se produce toda fundación de sentido y toda constitución de subjetividad. Sólo que, mal que le pese a los heideggerianos, eso originario ya nunca es tal sino que, veremos, se encuentra siempre derivado, desplazado, descentrado, diferido, en “*décalage*”.

Este trabajo buscará entonces indagar en los límites y posibilidades de la constitución de la subjetividad y su sentido narrativo en Michel Pêcheux a partir de una comparación de las nociones de *décalage*, interdiscurso y hetero-constitución con las ideas derridianas concernientes al archivo, la *différance* y la thanato-hétero-bio-grafía. Para ello procederemos a revisar los postulados desarrollados por Pêcheux (1975) sobre su noción de interdiscurso y su relación con las formaciones discursivas y la forma en que “sujetan” al sujeto constituyéndolo por medio de una serie de sustracciones/olvidos que, lejos de desvanecerse, son la paradójica condición de posibilidad de una suerte de montaje memorial; memoria que depende en última instancia de una archivación que inscribe trazos (*trace*) en las superficies del sentido (corpóreo-biográfico pero sobre todo social). Si el *décalage* pecheutiano se encuentra a la base de la interdiscursividad, la *différance* que señala Derrida (1967) se mostrará como la fuerza dinámica que, en su diferir,

posibilita e imposibilita a su vez todo archivo y, por ende, todo acontecimiento.<sup>1</sup> Será desde este “mal” archivo diferenciante que podremos considerar, junto a los aportes de Ricoeur, Arfuch y Butler, si es viable o no pensar la narratividad de una “vida” sujeta/enunciada desde ese interdiscurso, y qué implicancias ontológicas y políticas se juegan en ello.

## 2. INTERDISCURSO, DÉCALAGE Y HETERO-CONSTITUCIÓN DE SUJETOS

Toda formación discursiva y, en última instancia, todo acto de habla, todo discurso, se produce como efecto sobre una superficie relacional llamada por Pêcheux interdiscurso. El interdiscurso es definido por el autor francés como el “todo complejo con dominante” de las formaciones discursivas” (2016, p. 144), sometido a leyes de desigualdad, contradicción y subordinación características de las formaciones ideológicas con las que se relaciona a la hora de constituir la posibilidad misma de formación de enunciados y, en general, de todo sentido; como bien resume Glozman (2020, p. 126), es la “totalidad compleja articulada de formaciones discursivas, que opera como instancia de formación de sentidos, enunciados, relaciones, articulaciones”. Este carácter articulador, de “entre”, será fundamental para pensar luego la impresión del archivo, fundada en el carácter articulador de la *différance* pensada como archi-escritura. El interdiscurso, como base de las formaciones discursivas, se ve disimulado/ocultado por la sobrepresencia evidente de estas: por su misma transparencia de sentido, por su evidencia, por su limitación determinante de lo que puede ser dicho/concebido y lo que no, se disimula la objetividad material del interdiscurso, como si no hubiera nada más atrás. Esa masa discursiva que es la que se experimenta constantemente de manera directa es llamada por Pêcheux “intradiscurso”; en ella aparecen los elementos discursivo-textuales que ya bien conocemos (instancia de enunciación, elementos retórico-argumentativos que forman un ethos particular, etc.). La cuestión esencial radica en la dependencia de ese *intra*-discurso de una exterioridad heterogénea que, siendo lo otro para ella misma, es su condición siempre dislocada de posibilidad: si el intradiscurso puede definirse como “aquello que el sujeto hace con el discurso” (situaciones, figuras, tropos, participantes, etc.), el interdiscurso operará como ese “mecanismo que se articula con los procesos de interpelación ideológica” que “provee las evidencia que cada quien considerará, por efecto de la ilusión subjetiva, como elementos propios, elegidos, intentados” (Glozman, 2020, p. 127).

Esta heterogeneidad está a la base de la distinción entre los dos tipos de registros o instancias que regulan el discurso: los procesos de formación y las instancias de formulación. Así, un sujeto puede formular un discurso aparentemente “nuevo”, original, brotado de su pura enunciación, pero sólo porque anteriormente su discurso reúne elementos significantes, sentidos sedimentados que provienen de procesos heterogéneos de formación que hablan previamente como lo “preconstruido”, noción acuñada por P. Henry y también retomada por Pêcheux, y que refiere a esos dominios de pensamiento intrínsecos al lenguaje pero que paradójicamente dan cuenta del carácter extrínseco del discurso subjetivo. De aquí se define el “efecto de preconstruido” como

---

<sup>1</sup> No he logrado encontrar bibliografía que ponga en relación las nociones de *décalage* y *différance*, tema que me parece esencial no sólo para una teoría materialista del discurso sino para toda instancia deconstruccionista que busque dar cuenta de las huellas espectrales que, fantasmáticamente, condicionan nuestro tiempo y nuestros archivos. Espero dedicar pronto a ello un futuro trabajo.

la modalidad discursiva del desfasaje [*décalage*] en virtud del cual el individuo es interpelado como sujeto... siendo al mismo tiempo ‘siempre-ya-sujeto’, subrayando que este desfasaje (entre la extrañeza familiar de ese fuera-de-lugar situado antes, en otra parte, independientemente, y el sujeto identificable, responsable, que responde por sus actos) funciona ‘en la contradicción’. (Pêcheux, 2016, p. 139)

De aquí podemos desprender dos ideas fundamentales. Por un lado, debemos destacar la autonomía casi absoluta que presenta el discurso, no dependiendo de las formulaciones aparentemente voluntarias/reflexivas de un sujeto trascendental moderno y esencialmente cartesiano sino que, por el contrario, este sujeto se ve dominado (o “hablado”) previamente por algo que lo antecede y lo condiciona *sujetándolo* (de ahí la expresión “ça parle”). Por otro lado, debemos prestar atención a este subrayado en el concepto de “desfasaje” (*décalage*), que como adelantamos es un fenómeno que posee varios niveles en los que se da complejamente.<sup>2</sup>

Pêcheux remite a dos tipos de desfasaje: uno que hace al efecto de “incrustación del preconstruido” en el discurso, y el otro que hace al efecto de articulación que abordó inicialmente desde leyes psicológicas (materiales) del pensamiento; en ese sentido, habría un *décalage* entre “la exterioridad-anterioridad” que es el preconstruido y aquél “retorno del saber en el pensamiento” que fundamenta la aparente toma de posición del sujeto (Pêcheux, 2016, p. 116). En otras palabras, es por este desfasaje por lo que se produce un sujeto: desfasaje que tomará, entre otras, la forma-proceso de un olvido doble por el cual la estructura interdiscursiva se sustrae al producirse una identificación imaginaria entre el individuo y la formación discursiva que lo domina y dentro de la cual ese mismo sujeto recientemente producido “selecciona” de entre las posibilidades donadas por esa formación (sistema de enunciados, formas, secuencias, etc.) “*tal enunciado [...] y no tal otro*” (Pêcheux, 2016, p. 153). Como bien aclara Glozman, la categoría de “olvido” no remitiría a una suerte de memoria o algo previamente sabido, y sin embargo veremos que, desde la teoría derrideana, puede pensarse como la fundación en diferido de una memoria (an)archivística. Lo que cabría preguntar en este caso es: ¿qué chance guarda un sujeto para des-sujetarse y poder decir-se, cuando su “yo” no es más que una ilusión de unidad constituida “inauténticamente” en tanto se olvida o se pierde la referencia a ese “todo complejo con dominante”, materialidad heterogénea, compleja, que estructura toda posición de sujeto diciente de “*ego*”? ¿Es posible un decir originario, o siempre nos relatamos en una derivación, una diferenciación, un des-plazamiento, *en décalage*? ¿No será que la única posibilidad de un relato tal es decir la huella, el trazo (*trace*) fantasmático que, como una escritura, configura la estructura de un archivo que condice con la función y figura del interdiscurso?

### 3. LA *DIFFÉRENCE*, EL ARCHIVO Y LA ESCRITURA DE LO OTRO

La concepción pecheutiana de archivo dista enormemente de aquella trabajada posteriormente por Jacques Derrida. En su texto-programa *Lire l'archive aujourd'hui*, define al mismo como un “campo de documentos pertinentes y disponibles sobre una cuestión” (Pêcheux, 1982, p. 37). Lo que fundamentalmente tematiza de manera polémica es la forma de acceso/lectura a ese archivo, la forma en que se trabaja con el mismo, pero no desarrolla el pólemos que se da al interior del archivo ya desde su concepción y estructura: apenas sugiere la posibilidad de

<sup>2</sup> Para un recorrido completo e intensivo del uso de *décalage* en la teoría del discurso pecheutiana (y las teorías que orbitan en su constelación académica), cfr. Glozman 2020.

emprender una suerte de proto-deconstrucción, cuando critica las reglas que hacen a una “higiene del pensamiento” al plantear un sentido unívoco (y, podríamos decir, totalizante-totalitario) defendiendo la necesidad de un “trabajo sobre la plurivocidad del sentido como condición misma de un desarrollo interpretativo del pensamiento” (Pecheux, 1982, p. 41).

Para comprender el giro que se produce con la noción derrideana de archivo, es necesario primero recordar los elementos fundamentales de su ciencia de la “escritura” o gramatología, en los que se puede apreciar el juego de términos que entran en relación para plasmar el movimiento centrífugo de una diferencia que funciona casi a la manera del *décalage* pecheutiano. En una de sus obras centrales, *De la gramatología* (1967), Derrida expone y revisa el lugar secundario, siempre relegado de la escritura respecto de la oralidad, en la que la voz se muestra como manifestación principal de la presencia. El carácter derivado, “suplementario”, no-original de la escritura cobrará una fuerza absoluta para comprender cómo el fono-logo-centrismo se encuentra en realidad en contradicción consigo mismo, en una perpetua deconstrucción de sus pretensiones de unicidad y originalidad, de presencia pura: así,

revelar la devaluación constante de la escritura que se manifiesta en las construcciones discursivas hegemónicas implica la puesta en cuestión del logofonocentrismo solidario de la metafísica de la presencia, punto de apoyo de todo el dogma metafísico. (Ferro, 2009, p. 68)

La clave está en la (re)lectura a contrapelo que efectúa Derrida de la fenomenología husserliana ya desde *La voz y el fenómeno*, en donde desmonta la pretendida solidez de la relación signo-presencia. En efecto, siguiendo una lógica enteramente platónica, la escritura es un “signo de un signo” en tanto re-presenta el significante producido en el habla, en un presente que hace a una presencia de un yo. Sin embargo ya aquí podemos encontrar operando la deconstrucción, en tanto la misma noción de signo se encuentra ya contaminada por aquello que pretende ocultar/desplazar. El nuevo concepto de escritura que intenta recuperar Derrida posee un lazo esencial con ese juego de diferencias, la *différ[a]nce*, que “prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo” (Derrida, 1977, p. 69) pues ningún signo puede funcionar como signo sin remitir a otro elemento que tampoco está presente. Esa articulación, ese encadenamiento, es el texto más allá del cual no hay nada: “no hay más que diferencias y trazas de trazas”, remisionalidad pura, pura ausencia, puro arrojo a una exterioridad que se vuelve el adentro de todo mundo. El signo, lejos de evocar una presencia, manifiesta una falta que aparece como un Otro (*iter*) que perturba y arruina la pretendida perfección y pureza de la unicidad metafísica que apunta a la identidad: lo característico de todo signo, especialmente de los signos lingüísticos, es que no pueden existir si no es para ser repetidos (“iter-ados”). En ese sentido, “una secuencia de sonidos puede tener función significante tan sólo si es repetible, si es susceptible de ser reconocida como la misma en diferentes circunstancias” (Ferro, 2009, p. 79); sin embargo, como ya vimos, esa mismidad solo puede ser lo mismo (no lo idéntico) en tanto fundado en una heterogeneidad que la constituye: el signo siempre es ya lo otro. De esa manera, si la escritura “significa inscripción y ante todo institución durable de un signo”, la archi-escritura (esta nueva noción de escritura que, siendo suplemento, está en el “origen”) es condición de posibilidad de una presencia siempre dislocada y, podríamos decir, desfasada. Esta *différance* que es la escritura hace estallar el orden semántico en que se buscaba representar el mundo, anula la posibilidad de un origen absoluto y puro (siempre habrá un aún-antes y un todavía-más), corroe el sistema logocéntrico desde adentro y, en tanto diferencia siempre-otra, en tanto

estructura resmisional, funda la posibilidad de toda articulación y por ende de todo lenguaje en tanto sistema articulado.

Las consecuencias que esta posición tiene son innumerables. La primera relación que podemos establecer con la teoría de Pêcheux es la función “desfasante” que la escritura, la diferencia, la deconstrucción poseen (o, mejor dicho, son). Tanto en la gramatología como en la conferencia que lleva su nombre, Derrida destaca de *différance* el sentido primario del *différer*, “diferir” antes que un mero “diferenciar/distinguir”: “diferir” implica introducir un hiato en el espacio y tiempo, implica generar un “espaciamiento” local y un “retardo” temporal; sigue habiendo tiempo y espacio, sólo que dislocados, desfasados en sí mismos. Por eso es que podemos establecer una identificación entre diferir y articular, pues no puede articularse lo que de algún modo no está dislocado, separado por una nada, un vacío, una ausencia de presencia que posibilita toda estructura presencial. Reinterpretando la noción freudiana de retardo (*Verspätung*), Derrida dirá que “es el retardo lo que es originario [...]. Por eso hay que entender lo ‘originario’ bajo tachadura [¿originario?]: si no fuera así se derivaría la *différance* de un origen pleno. Es el no-origen lo que es originario” (Derrida, 1967b, pp. 302-303).

Al mismo tiempo, así como el sistema diferencial se funda en la repetición, así también las formaciones discursivas sólo pueden existir como tales en tanto repiten siempre el mismo proceso de subjetivación, repitiendo los mismos tipos de sujetos que a su vez sólo por repetición pueden lograr una identificación con esa formación pre-dada. Ambos procesos se basan en la iterabilidad, y podemos pensar que también los dos “olvidos” sólo son posibles por esta iteración que desplaza/disemina aquél falso original. Si toda repetición implica un desfase, el sujeto es entonces aquello que se ha repetido/dislocado de la masa de la formación discursiva.

Por otra parte, la archi-escritura en tanto juego de la diferencia es en sí misma una suerte de materialidad semiótica (tal como de algún modo pretende ser el interdiscurso para una teoría materialista): su materia es el fantasma, el espectro, la huella, el zurco trazado sobre la superficie de la tierra, de los cuerpos, archivando. La técnica de la repetición no puede darse sino sobre un soporte: como señala Tello, “la archi-escritura opera en la huella inscrita en la superficie del mundo, aunque como movimiento que no está presente ni ausente, y que sin embargo hace posible la presentación no-originaria del presente” (Tello, 2018, p. 106). Así, en la dinámica de la deconstrucción (que, recordemos, no es una actividad voluntaria y subjetiva que uno hace, sino que es algo que ya siempre acontece por la estructura abisal misma de todo texto), no hay un *arkhé* en tanto origen absoluto del sentido, de la ley, del mundo; y sin embargo, hay archivos. Y es que, en tanto la huella inscribe, produce signos iterables, se monta un corpus, una superficie que se conserva al mismo tiempo que busca anularse, produce un pseudo *arkhé* corrompido e impuro ya desde el comienzo: una ruina originaria, “aquello que le llega desde el inicio [...] sin promesas de restauración” (Derrida, 1990, p. 68); aquello que acontece en, por ejemplo (y de manera más patente), el autorretrato: “ruina es el autorretrato, ese rostro desfigurado como memoria de sí, aquello que permanece o retorna como un espectro desde que a la primer mirada sobre sí una presencia se eclipsa” (Derrida, 1990, p. 72). Esta experiencia es esencial para pensar la producción dislocada de una “bio-grafia” que, en su producción y trabajo (an)archivador, encuentra lo otro de sí en sí, su propia muerte e imposibilidad: una “escena de escritura” que Derrida llamará auto-biotánato-hétero-gráfica (cfr. Derrida, 1991, 2019 [1984]), en la que se produce un *glissement* entre *bios* y *thánatos*, entre lo auto y lo hétero, y en donde la escritura de “sí” acontece la escritura de una *différance* originaria.

Por otro lado, la cuestión del archivo en Derrida es importante porque va más allá de un pensar la materialidad de una escritura de la historia: no sólo es una continuación de su gramatología, sino que además es un lugar de denuncia de la estructura polémica, contradictoria y esencialmente violenta de la *différance* que en su juego produce el texto del mundo. Y ese abordaje se realizará desde una crítica (y valoración) del psicoanálisis freudiano, que en sus metáforas ideadas para pensar el aparato psíquico (impresión, huella, escritura, bloc mágico, prótesis, etc.) se posibilita una teoría del archivo no reductible a una mera teoría de la memoria psicosocial. La tesis fundamental del texto (cfr. Derrida, 1995) es que existe una “pulsión de archivo” que busca conservarlo todo (testimonios biográficos, detalles históricos, acontecimientos...) sin que nada pueda ser sustraído por la muerte que es la finitud temporal; pero la paradoja es que, al mismo tiempo, hay una pulsión de muerte que busca destruirlo en tanto, sin esa posibilidad radical y probable de la muerte y el olvido, no habría deseo de archivación. En otras palabras, hay un doble movimiento de conservación por sustracción, por “olvido”, que es básicamente el mismo movimiento de la vida y, podríamos pensar, el movimiento que se da como interdiscurso. Así, un archivo no sólo es un registro de un acontecimiento, sino que es la condición de posibilidad de todo acontecimiento por-venir: es el acontecimiento en diferido.

Ya vimos cómo la escritura misma está atravesada por la ausencia, por la “muerte” de la presencia: eso mismo se da en los trazos que van sedimentando capas y capas de inscripciones que “suplementan” la memoria (individual y colectiva), quedando como reserva y futuro preconstruido (valga el oxímoron). En tanto suplemento mnemotécnico, el archivo compensa fallidamente una falta y lucha contra el olvido, constituyéndose como materialidad, inscripción, prótesis de la memoria. Así, “no hay archivo sin lugar de consignación, sin una técnica de repetición y sin una cierta exterioridad. Ningún archivo sin afuera” (Derrida, 1995, p. 19). Sin embargo, esta búsqueda de institución responde según Derrida a un tipo de violencia propia del acto archivar. El archivo instituye y conserva al mismo tiempo que tiende a la aniquilación de la memoria, pues desliza una borradura radical, no reductible a la memoria o al recuerdo al montar un dispositivo documental como *hypómnema* suplementaria. Al mismo tiempo, hay una segunda forma de violencia, que es el lugar efectivo en que el archivo se conserva: lugar en un doble sentido local y nómico, pues quienes son depositarios de la guarda son los arcontes, figuras de la jerarquía histórica que guardan la documentación “originaria”, interpretándola y con ello deslizando posiciones de poder (no hace falta recordar que siempre en todo tiempo y lugar fueron varones adultos, ciudadanos, generalmente asociados al poder religioso quienes cuidaban los documentos de la Ley). Podría ser fructífero pensar la relación entre las formaciones ideológicas y las formaciones discursivas que Pêcheux pone como centro del interdiscurso desde la deconstrucción derrideana, más cuando el archivo exige un tipo de sujeto con una actitud conservadora muy marcada, pero que al mismo tiempo exige un olvido de esa subjetividad que, así como produce identificaciones, posibilita su muerte y su diferir hacia aquello siempre otro. Habría, en el seno mismo del archivo, un *décalage*, el mismo que, como la deconstrucción, es método y estructura anti-esencial, instancia fisurante y articuladora.

Ahora bien, retomando la pregunta que planteamos al comienzo del trabajo, lo que queda ver es cómo este tipo de archivación, aun cuando busque an-archivarse, puede permitir (o no) una identidad y un diferir desde la escritura propia. Tanto el pensamiento de Pêcheux como el de Derrida ponen a la diferencia, la heterogeneidad, lo otro-repetible, a la base de toda instancia enunciativa y eventualmente subjetivante. Quedaría por ver, desde la óptica del sujeto escindido

fundado en olvidos, si puede aún aferrarse a algún tipo de huella que lo nombre de alguna manera, aunque sea siempre en diferido. Ese trazo, la única posibilidad de un decir-se, será la firma en cierto tipo de relato biográfico.

#### 4. LA (IM)POSIBILIDAD DE UN RELATO DE SÍ: EL DÉCALAGE EN LA FIRMA Y EL NOMBRE PROPIO

De entre los infinitos géneros discursivos que un sujeto “elige” para desarrollar un relato, posiblemente sea la autobiografía la forma que mejor reproduzca la ilusión de estar verdaderamente frente a la presencia de un yo casi absolutamente transparente y auténtico. Lejeune define la autobiografía como “el relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo el acento en su vida individual, en particular, en la historia de su personalidad” (1975, p. 14). Habría entonces un reconocimiento automático por parte del lector de un “yo autor” que se *presenta* (!) a “sí mismo”, proponiendo una coincidencia entre el sujeto enunciado y el sujeto de la enunciación. Ya vimos cómo estos procesos identificatorios son, cuando menos, precarios o complejos. La idea es que, ante la imposibilidad de producir un anclaje “verificable” del enunciador, Lejeune deposita en el lector la responsabilidad de la creencia por medio de un “pacto autobiográfico” que se establece entre lector y autor, y que tiene como corolario el sello del nombre propio en la firma (Cfr. Arfuch, 2010, pp. 45-46).

La cuestión es que, evidentemente, por todo lo que venimos desarrollando, ese narrador no puede sino ser un otro, diferente del protagonista construido. En términos pecheutianos, hay un *décalage* absoluto en el mismo intradiscurso autobiográfico, que ha sido aceptado, asumido (o no) de dos maneras diferentes a lo largo de la historia literaria: por un lado, hay un relato “factual” cuyo enunciador busca explícitamente borrar (“hacer olvidar”) las marcas de lo heterogéneo apuntando a una homogeneidad lo más perfecta posible, y que es la que exige aquel pacto autobiográfico del que hablábamos antes; y otro tipo de autobiografías “ficciones” que buscan explícitamente desestabilizar este proceso identificatorio, y que “sin renuncia a la identificación de autor, se plantean jugar otro juego, el de trastocar, disolver la propia idea de autobiografía, desdibujar sus umbrales, apostar al equívoco, a la confusión identitaria e inicial [...]. *Deslizamientos* sin fin que pueden asumir el nombre de ‘auto ficción’ en la medida en que postulan explícitamente un relato de sí consciente de su carácter ficcional y desligado por lo tanto del ‘pacto’ de referencialidad biográfica” (Arfuch, 2010, p. 98; el subrayado es mío).

Nótese el empleo del término deslizamiento, que bien puede pertenecer a la familia léxica que rodea al término *décalage*; es el mismo desfasaje que aparece en los planteos de Paul Ricoeur sobre la identidad narrativa, pues el único “quién” del que se puede dar cuenta como siendo “el mismo” es de aquel que aparece narrado: pero ese sí mismo (que será un “otro”, como el título del libro ya adelanta) puede ser pensado tanto como *idem* o como un *ipse*. En el fondo, la diferencia entre ambos términos es que el primero apunta a una unidad sustancial/formal, mientras que el otro apunta a una identidad narrativa; y sin embargo, ambas instancias coexisten dislocadamente en el sujeto dislocado, enunciado y enunciador. De acuerdo con Arfuch, la ipseidad trabajada por el filósofo francés “logra escapar al dilema de lo Mismo y lo Otro, en la medida en que se apoya en una estructura temporal conforme al modelo de identidad dinámica que caracteriza la composición poética, la trama de un texto narrativo. El sí mismo aparecerá así reconfigurado por el juego reflexivo de la narrativa, y podrá incluir la mutabilidad, la peripecia, el devenir otro/a [...]. La identidad narrativa se despliega de esta manera como una oscilación, un intervalo [;!] entre el idem



y el ipse” (Arfuch, 2010, p. 27).<sup>3</sup> Esa “estructura temporal” puede bien ser pensada como la *Verspätung* de la *différance*: sólo por medio de ese retardo es que es posible un relato autobiográfico, y es por ese mismo retardo que el “autos” de autobiográfico siempre se encuentra quebrado, oscilante, “por-venir”, y de algún modo *hanté* por la muerte y lo otro. Como señala Panesi,

la economía autobiográfica tiene un precio absoluto, el de la muerte. [...] De la relación siempre general y siempre particular de lo escrito con la muerte que figura sin representarse en cualquier texto o género, pero que la literatura y en especial la autobiografía permitirían reconocer. Como si [...] la autobiografía pusiera de manifiesto esa especie de acto fundamental de supervivencia que implica la repetición y la muerte. (Panesi, 1996, p. 1)

En el fondo, la misma lógica del archivo (y de toda escritura) vale también para la autobiografía: las mismas pulsiones de conservación en la búsqueda de una identidad permanente y estable, sustancial, las mismas pulsiones de destrucción y muerte de esa sustancia como condición de posibilidad del deseo de la conservación archivística, los mismos olvidos que producen a los sujetos, los mismos conflictos, los mismos desfases. Panesi, siguiendo a Derrida, muestra cómo

lo imposible de inscribir en la autobiografía es el sujeto; en realidad, ese sujeto es el referente imposible del discurso autobiográfico, que únicamente inscribe o inserta un acto de escisión, de separación o no coincidencia [*¿décalage? ¿différance?*] tanto de quien escribe y dice ‘yo’ respecto del pasado, como de ese acto de escritura consigo mismo [...] porque el acto de escritura autobiográfica consiste desde siempre en una separación, en una escisión fundamental que tiene la estructura del duelo. (1996, p. 4)

Por eso es por lo que el nombre propio nunca es el propio, sino que siempre es el nombre de otro. Aquí es donde entra la cuestión de la firma.

El sí mismo se construye por medio de la iterabilidad. La repetición del signo (y del signo “propio” por excelencia, la firma personal) emplaza la muerte de la presencia. Una firma escrita, según Derrida, “implica la no-presencia actual o empírica del signatario” (1994, p. 370), representa un “haber estado presente [pero ya no más]” del sujeto en un ahora-pasado, que será un ahora-futuro en tanto se mantiene o discurre temporalmente la existencia archivada de esa firma. Sin embargo, “para que se produzca la ligadura con la fuente, es necesario que sea retenida la singularidad absoluta de un acontecimiento de firma y de una forma de firma: la reproductibilidad pura de un acontecimiento puro” (1994, p. 370). Y ya sabemos que esta pureza rigurosa es imposible: “es su mismidad lo que, alterando su identidad y su singularidad, divide el sello” (1994,

---

<sup>3</sup> Arfuch continúa: “la figura del intervalo -que reaparece aquí, mostrando su actualidad teórica- es apta para caracterizar igualmente la tendencia al cambio y la interacción entre las identidades colectivas”. Es imposible no remarcar esta atención que la autora presta al intervalo: si defiende su “actualidad teórica”, ¿se refiere entonces a la misma noción de *décalage*, cara a la teoría francesa del discurso décadas atrás? ¿O tiene presente en realidad el intervalo-hiato que plantea Derrida en su gramatología? ¿No cumplirán ambos la misma función, no serán lo *mismo*? Particularmente, si hacemos hincapié en la “tendencia al cambio” y la “interacción entre las identidades colectivas”, no podemos no pensar en la relación entre las formaciones discursivas y las formaciones ideológicas que producen sujetos, colectivos e individuales. Siguiendo a Judith Butler, las identidades que termina por condensarse en un “yo” “no está[n] al margen de la matriz prevaleciente de normas éticas y marcos morales en conflicto [...]”. Cuando el ‘yo’ procura dar cuenta de sí mismo, puede comenzar consigo, pero comprobará que ese ‘sí mismo’ ya está implicado en una temporalidad social que excede sus propias capacidades narrativas; a decir verdad, cuando el ‘yo’ procura dar cuenta de sí sin dejar de incluir las condiciones de su emergencia, tiene que convertirse, por fuerza, en teórico social” (Butler, 2009, pp. 18-19).

p. 370). Ese *ipse* desfasa el signo: el sí mismo siempre es un otro. La firma, con toda su organización pretenciosamente (archi)jerárquica, produce el olvido de la heterogeneidad constitutiva de todo sujeto; produce la ilusión de una subjetividad, oculta/borra/desplaza la alteridad, el no-origen. Y a pesar de ello, no nos queda más que la firma que cierra (o que abre) el relato de un sí mismo como forma de dar respuesta (*respondere*) a las exigencias del mundo y la época. Es un nombre dislocado, *décalé*, el que debe hacerse cargo de una voz que no es la suya sola pero que sin embargo debe posicionar ese coro en una ética diferencial que asuma la contradicción, asuma el conflicto, y afronte el *pólemos* esencial que aparece en toda lucha de clases, toda lucha de formaciones ideológicas, en todo montaje de archivo, en toda lucha acontecida en el texto del mundo.

#### SOBRE EL AUTOR

Santiago Bellocq es Licenciado en Filosofía, becario doctoral (CONICET-ANCBA), docente de Psicología, Ética y Derechos Humanos (UBA-PSI) y Análisis del Discurso (UCES). Su campo de investigación oscila entre la filosofía francesa contemporánea, la filosofía del lenguaje y el pensamiento heideggeriano, estudiando particularmente la relación entre acontecimiento, diferencia y negatividad desde una perspectiva semiótica.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires : FCE.
- Authier-Revuz, J. (1984). Hétérogénéité(s) énonciative(s). *Langages*, 73.
- Bennington, G. y Derrida, J. (1994). *Jacques Derrida*. Madrid: Cátedra.
- Bustamante, C. R. (2021). Diferencia sexual en *La vida la muerte*. *Enrahonar* n° 66, pp. 95-114.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, G.; Guattari, F. (2019). *El antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires : Paidós.
- Derrida, J. (1967). *De la gramatologie*. Paris : Les Éditions de Minuit
- Derrida, J. (1972). *Positions*. Paris : Les Éditions de Minuit
- Derrida, J. (1994). Firma, acontecimiento, contexto. En *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Derrida, J. (1997). Cómo no hablar y otros textos. *Proyecto A*, pp. 13-58.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (2019). *La vie la mort. Séminaire (1975-1976)*. Paris : Éditions du Seuil.
- Ferro, R. (2009). *Derrida*. Buenos Aires: Ed. Quadrata

- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Glozman, M. (2020). (Re)leer Pêcheux hoy. El problema del *décalage* en la teoría materialista del discurso. *Pensamiento al margen. Revista Digital de Ideas Políticas*, Número 12.
- Kai-su, W. (2014). Ethics of Writing –From Autobiography to Hetero-Thanato-Biography; A Reading of Derrida’s Circumfession. *Euramerica Vol. 44, No. 1* (March 2014), pp. 91-126.
- Panesi, J. (1996). El precio de la autobiografía: Jacques Derrida, el circunciso. *Orbis Tertius*, 1 (1).
- Pêcheux, M. (1982). Lire l'archive aujourd'hui. *Archives et documents de la Société d'histoire et d'épistémologie des sciences du langage*, Première série, n°2.
- Pêcheux, M. (1984). Sur les contextes épistémologiques de l'analyse de discours. *Mots*, 9.
- Pêcheux, M. (2012). Leitura e memória. Projeto de pesquisa. En *Análise de Discurso. Textos escolhidos por Eni Pucchinelli Orlandi*, Campinas, SP: Pontes
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: CCC.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI
- Tello, A. M. (2018). *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo*. Buenos Aires: La Cebra.